

Crisis valorativa y compromiso en la construcción de capital social: Retos de la educación superior venezolana

Juliana Ferrer^{1} y Caterina Clemenza*

¹Doctora en Ciencias Gerenciales. Adscrita a las Líneas de Investigación: Desarrollo de los Sectores de Actividad Económica y Universidad Contemporánea. Instituto de Investigaciones, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad del Zulia. Maracaibo, Venezuela

Resumen

Propósito: El presente artículo tiene por objeto analizar la crisis valorativa en que vive hoy la sociedad y donde las universidades representan un rol fundamental para la actuación de cambio; teniendo como eje la búsqueda de la construcción de capital social, como norte para enfrentar las transformaciones necesarias para lograr pertinencia en su actuación y al mismo tiempo, formar un ciudadano capaz de generar compromiso frente a los cambios que exige el entorno. **Metodología:** Basada en una investigación documental, se utilizó la técnica de análisis de contenido para desarrollar una reflexión teórica del objeto en cuestión. **Conclusiones:** Se concluye que existe una fuerte crisis de valores en la sociedad venezolana, que obstaculiza cualquier intento de compromiso por el cambio social y, donde las universidades a pesar de jugar un rol protagónico, se encuentran enquistadas en su propia inercia, obstaculizando cualquier proceso de transformación interna, que coadyuve a generar cuadros sociales comprometidos y formados en el compromiso de erigirse como ciudadanía social de futuro.

Palabras clave: Crisis valorativa, compromiso, capital social, ciudadanía, educación superior.

* Autor de correspondencia: Urb. California. Av. 15G # 46-22 entre Calle 46 y 47. Código Postal 4001. Teléfono 0261-7596922. Fax: 7596722. jumferrer@cantv.net

Recibido: 07-09-04 / Aceptado: 14-10-04

A Crisis of Value and Commitment in the Construction of Social Capital: Challenges in Venezuelan Higher Education

Abstract

The purpose of this paper is to analyze the assessment of the value crisis which society is undergoing in which universities have a fundamental role in creating change. The fundamental role of universities is the construction of social capital, and its orientation in confronting the necessary transformations needed to achieve this, and at the same time to form citizens capable of generating commitment in the face of changes required by the environment. **Methodology:** Based on documentary research, the technique of content analysis was employed in order to develop a theoretical reflection on the object of study. **Conclusions:** The conclusion is that there is a severe value crisis in Venezuelan society which is an obstacle to any intention to create commitment to social changes, and in which universities, in spite of their protagonic role, are stuck in their own inercia situation, forming an obstacle to any attempt for internal change. This in turn undermines the generation of socially compromising and committed situations that are formed within this commitment to construct the social structure of the future.

Key words: Values crisis, commitment, social capital, citizenry, higher education.

Introducción

Se vive en una época donde se rechaza en lo esencial, los modelos racionales, uniformes y cerrados para proponer la modernidad, en nombre de la diversidad, de la opción de sociedades más complejas; donde el conocimiento, la tecnología, la información, la libertad y las comunicaciones exigen cambios profundos sobre la subjetividad del individuo.

En este escenario, existe una orientación a la producción de significados, donde las sociedades, la educación y el consumo se mueven como mundos virtuales, poblados de múltiples alternativas. Se asiste a un renacimiento

de visiones, expresadas incluso en ciertas propuestas equivocadas; una de ellas la referida a la ausencia de interpretación de la educación y la cultura, como claves en el sentido de la vida individual y social.

De allí que cada vez existe mayor coincidencia al señalar que para lograr el desarrollo de una nación, el mayor desafío que se enfrenta es la transformación de la calidad educacional. También existe igual consenso en señalar que los sistemas educacionales presentan un fuerte desfase entre las esperanzas que en ellos se depositan y su realidad.

Así, la eficacia de los sistemas educacionales comenzó a anularse en la medida en que el paradigma productivo de la sociedad cambió y pasó a tener nuevos requerimientos. Por ello la transformación educativa es visualizada como un tema clave, producto de los nuevos requerimientos de una sociedad marcada por la incertidumbre y bajo procesos de desintegración social.

Dentro de tal realidad, nace la necesidad de abordar el proceso educativo en la Educación Superior, soporte para poder formar los individuos, en un proceso que garantice la transformación necesaria para dar respuesta a un futuro incierto, marcado por una crisis valorativa y el individualismo, que rompa con cualquier iniciativa de desarrollo.

Surge de allí la inquietud en el desarrollo del presente artículo, el cual tiene por objeto estudiar la crisis valorativa y el compromiso de construcción del capital social, como retos de la educación superior y particularmente de las universidades latinoamericanas, haciendo especial mención, a la universidad venezolana, como forma de lograr los elementos de confianza, capacidad de cooperación, conciencia cívica y reconstrucción de los valores éticos, necesarios para construir espacios viables y las generaciones de futuro. Basada en una investigación documental, se analizan fuentes secundarias sobre la realidad latinoamericana y particularmente venezolana, contrastando así, posiciones postmodernas que marcan el desfase protagónico de la educación superior.

Fundamentos teóricos

Hacia una nueva educación superior con calidad

Hoy, más que nunca, el saber se convierte en un elemento estratégico de las naciones. Los escenarios futuros estarán impregnados por una acelerada creación y aplicación de los conocimientos. Ello realza el papel de la educación superior, depositaria de un talento humano capaz de actuar de manera crítica frente a los cambios, en el compromiso necesario para reforzar cualquier iniciativa de cambio.

Ahora bien, vista la magnitud y urgencia de los problemas, es imperativo potenciar la educación superior para convertirla en un instrumento funda-

mental para superar el sombrío panorama, abrir espacios para la solidaridad responsable, desarrollar los valores culturales, reconstruir el tejido social y, contribuir junto a los demás sectores sociales, al incremento paulatino de la calidad de vida de nuestros ciudadanos¹.

Así, las instituciones de educación superior deben producir, por propia iniciativa, las necesarias transformaciones para convertirse en los referentes de los cambios que las sociedades reclaman y que deben gestarse en el consenso de sus propias comunidades, respondiendo a la urgencia y magnitud de sus desafíos. En este compromiso, la autonomía es condición indispensable para que las funciones básicas de la universidad, se desplieguen hasta el máximo de sus posibilidades.

Estas mutaciones implican la apertura de un diálogo permanente con otros sectores de la sociedad, una conducta innovadora y flexible, vocación de servicio, respeto por los valores trascendentes y un fuerte compromiso con el destino mismo de sus naciones. Por supuesto, incrementar la pertinencia exige trabajar simultáneamente en el campo institucional interno y externo por la búsqueda de la calidad educativa.

La calidad de la educación superior es un concepto multidimensional, que incluye características universales y particulares que aluden a la naturaleza de las instituciones y a los problemas que se plantean en relación con los distintos contextos sociales en el marco de prioridades nacionales, regionales y locales. La calidad está esencialmente ligada a la pertinencia social, así como a la preparación y compromiso de la comunidad involucrada. En ese deslinde social que entraña el quehacer de las instituciones de educación superior, su responsabilidad aflora, especialmente en la instancia de rendición de cuentas de su desempeño frente a la sociedad.

Sin embargo, la calidad está condicionada por los recursos asignados a la educación superior. La prolongada crisis que en este plano afecta a gran parte de los países de la región latinoamericana, limita severamente la satisfacción de los objetivos y cometidos que se trazan las instituciones académicas.

A pesar de ello, en un mundo globalizado, donde los medios de comunicación restringen las identidades culturales nacionales, la educación superior deberá recuperar esas raíces como una unidad irreductible; allí radica una de las principales dimensiones de la calidad y también de la pertinencia¹.

Lo anterior nos lleva a reexaminar las relaciones entre la educación superior y la sociedad civil y, de manera particular, entre la educación superior, el mundo del trabajo y el sector productivo. Tal reexamen debe conducir a que la educación superior brinde respuestas a los problemas que enfrenta la humanidad y a las necesidades de la vida económica y cultural, y sea más pertinente en el contexto de los problemas específicos de determinada región, país o comunidad, donde la función Investigación juega un papel vital.

Ahora bien, es evidente que ningún sistema de educación superior puede cumplir su misión y ser un aliado viable para la sociedad, si parte de su equipo profesoral y de sus entidades organizativas no realiza además investigación, de acuerdo a las metas institucionales, el potencial académico y los recursos materiales. La UNESCO² estima que las unidades de investigación en las instituciones de educación superior, son fuente indispensable de destrezas e ideas en el contexto de la economía mundial, por su aporte al conocimiento, al cambio tecnológico constante y a la sociedad en su conjunto.

Por ello, la educación superior, para lograr una formación a escala superior de ciudadanos³, debe generar un perfil de ciudadano capaz de identificar y abordar los grandes problemas nacionales; contribuir en la resolución de los grandes temas que afectan y conciernen a todo el planeta; colaborar con el progreso de la nación; poseer actitudes de cooperación y tolerancia. Instituciones para la crítica objetiva; instituciones para la reducción de asimetrías económicas y sociales inaceptables; para la moderación de lo superfluo; en suma, para el fortalecimiento de la libertad, dignidad y democracia.

En otras palabras, un lugar capaz de construir relaciones, expectativas para la reciprocidad y comportamientos confiables, en la búsqueda de la construcción de capital social.

El papel de la universidad en el contexto de la realidad circundante

La educación superior, y particularmente las universidades en nuestros días, adquiere un papel relevante en virtud de los cambios acelerados en el orden social, que inciden directamente en el desarrollo económico y cultural de los espacios donde transita, lo que determina la necesidad de redefinir y perfeccionar sus funciones con respecto a la formación y capacitación permanente del recurso humano, en términos de los servicios que aporta a la sociedad en correspondencia con un desarrollo.

Este perfeccionamiento implica el establecimiento de los nexos e interrelaciones adecuados con el resto del sistema educativo, con el mundo del trabajo y con la infraestructura que promueve el desarrollo científico y técnico. Constituyen así mismo, un elemento de primer orden las relaciones con el Estado, las que en esencia responden a la política que este asuma en relación con las funciones sociales de la educación superior y la responsabilidad de garantizar que éstas se cumplan plenamente⁴.

Así, la Universidad deseable dentro del contexto de la educación superior, se presenta como una institución generadora y sistematizadora de conocimientos, formadora de los futuros actores sociales del país; llamada a constituirse en modelo, dentro de un ámbito donde la labor educativa se convierta en orientadora, formadora y creadora de conocimientos.

Álvarez⁵ refiere como a esta Universidad, se le atribuye la responsabilidad de la formación del hombre del futuro, por lo que no puede limitarse a

contemplar los cambios que se producen en su entorno, sino a contribuir con la formación de un hombre que responda a su compromiso personal y social de promoción social, cultural, científica y tecnológica.

En este mismo orden de ideas, Nieves⁶ supone el desafío para la redefinición de las funciones de diversas instituciones nacionales; entre ellas y atendiendo a su relevante rol en el desarrollo, destaca las universidades. De allí que pueda sostenerse que las funciones globales y específicas de la universidad no son neutrales, desde el punto de vista del desarrollo ya que vinculan sus proyectos con problemáticas pertinentes, cuyo producto se traduce en mejoras de nivel de vida de las comunidades.

Ahora bien, en los recientes esfuerzos de reforma educativa en los países de la región se ha visto cuán importante es esta organización y su consenso con la sociedad para avanzar decididamente hacia el desarrollo. Sin embargo, y de manera paradójica, los sistemas educacionales están muy lejos de responder a la creciente centralidad y eficacia de esta apuesta educativa.

En efecto, ellos parecen como hijos de la sociedad industrial que está en rápida erosión, con estructuras y orientaciones más ligadas al siglo XIX que al siglo XXI⁷. Tal pérdida de eficacia, se expresa en el tema de la calidad educacional, donde se comienza a mostrar una notable falta de preparación para acceder al mercado de trabajo y falta de respuesta a las demandas de la sociedad, pero sobre todo, una tendencia cada vez más segmentadora, lo cual reproduce y aumenta las desigualdades.

Además de lo anterior, se constatan otras deficiencias e insuficiencias que los sistemas educativos padecen a lo largo de la región, entre las cuales destacan: ineficiencia del sistema de educación formal, medida principalmente en los altos índices de repitencia y deserción; inequidad en los logros educativos y en las condiciones de acceso a la población al sistema de educación; deficiente calidad de la educación formal, debido a anacronismos en los estilos de enseñanza y la insuficiente y deficiente asignación de recursos dentro del sistema, que impide focalizar recursos que permitan lograr mayor impacto sobre eficiencia, equidad, calidad y continuidad de la educación⁷.

Al respecto Tedesco⁸, en un reciente análisis, señala que una evaluación crítica de los procesos de reforma educativa en curso, requeriría analizar al menos aspectos en los cuales las experiencias desarrolladas hasta ahora resultan indiscutibles. El más importante es el impacto de los procesos educativos en la equidad social, donde la información que se posee pareciera indicar que la educación difícilmente puede tener impacto equitativo, si no se genera un esfuerzo sistémico para alcanzar niveles básicos de ética social, a partir de políticas específicas para tal fin.

Es evidente que no se trata ni de hacer lo mismo que se había venido haciendo, ni de hacer más de lo mismo con más recursos. Se requiere una pro-

funda transformación en las orientaciones, de superar la visión atomizada en que la educación, la capacitación y la investigación, vista hoy como compartimientos estancos, por una visión que avance hacia un enfoque sistémico que integre esas tres dimensiones entre sí y todas ellas, con el sistema productivo nacional y regional.

Valores en la educación superior, pilar del proceso educativo

Los valores constituyen un tema de relevancia, dado el desconcierto actual de las sociedades occidentales por una búsqueda de la convivencia social de futuro; enfrentada a valores considerados contradictorios entre sí, o bien porque se está produciendo un proceso de redefinición de ética social, o porque se difumina un horizonte axiológico poco claro para orientar conductas.

Desde una perspectiva conductual Rodríguez⁹ refiere una de las definiciones generalmente más aceptada, considerando a los valores como concepciones de lo deseable que inciden en la conducta.

A partir de aquí surge la perspectiva psicológica de los valores, como condicionantes afectivos y cognitivos del comportamiento humano, o como predicciones, preferencias, y principios morales que son intrínsecos a la misma y también como una convicción sobre la cual un sujeto actúa libremente¹⁰.

Hernando¹¹ refiere una aproximación de los valores, como ideales que actúan como parte del motor que pone en marcha la acción humana; son finalidades y no medios, que aparecen como estimables por sí mismos.

En esta línea Rokeach¹², considera a los valores como determinantes de actitudes sociales e ideológicas y del comportamiento social. Según esta concepción, los valores son la principal variable dependiente en el estudio de las actitudes y de la conducta social.

Bajo estas perspectivas, se parte del hecho de que el individuo en la estructura jerárquica de valores, sufre transformaciones, producto de los cambios sociales, hecho que a su vez marca las diferencias entre los individuos, y dentro de cada individuo.

Rodríguez⁹ profundiza, expresando cómo los valores constituyen categorías cargadas de un componente afectivo y cognitivo, acompañados de la capacidad de predisponer una conducta dada. En tanto, Kerlinger¹³, conceptualiza los valores como un producto del medio cultural que denotan preferencias, ideas instituciones y conductas; expresan la preferencia por determinadas formas de conducta o modos de vida.

Al entrar en el plano dialógico, Cortina¹⁴, define los valores como cualidades reales que poseen los objetos, las acciones, las sociedades y las personas; y que además, se encuentran inherentes en cada una de ellas como parte de su propia naturaleza. Los individuos, otorgan valor real, no porque decidan subjetivamente fijárselo, sino porque descubren en cada una de ellas un

valor. Lo anterior reconoce un carácter dinámico y no neutral a los valores, atribuyéndole características de dinámicos, y forman parte del desenvolvimiento cotidiano del individuo.

Siliceo y col.¹⁵, hacen hincapié en la perspectiva antropológica de los valores, afirmando que éstos representan las normas, principios y significado ideales del comportamiento sobre las que descansa la cultura, como un modo de vida integrado. En los valores se refleja el cómo se desea vivir por considerarlo como el que más sentido y significado posee en relación con la realización humana del grupo y de los individuos.

En la misma orientación pero vista en el plano educativo, Santana¹⁶, refiere los valores como referentes, pautas o abstracciones que orientan el comportamiento humano hacia la transformación social y la realización de la persona; son guías que otorgan determinada orientación a la conducta y a la vida de cada grupo social.

Los valores permanentes son de carácter universal y se arraigan en la más auténtica condición humana; ellos se prolongan de una manera estable y trascienden cualquier condición temporal.

Ahora bien, educar en valores es, formar en y para la responsabilidad frente a los demás. A partir de estos supuestos, la educación en valores consiste en desarrollar la capacidad del individuo para pensar y actuar con libertad desde parámetros de justicia y equidad, es decir, educar en las competencias morales y cívicas que son indispensables al ciudadano que desea una sociedad justa y pacífica.

Esta concepción de la educación centra la atención en tres ámbitos: diálogo y convivencia entre los pueblos e individuos de culturas distintas; acción responsable contra la desigualdad y la exclusión; y relaciones más respetuosas con el medio natural y urbano. La educación para una vida no se agota en facilitar al sujeto un adecuado desarrollo del juicio moral, sino que implica sobre todo desarrollar hábitos virtuosos de manera que los principios morales se expresen en su vida cotidiana. Educar, significa entonces, formar en la responsabilidad moral que tiene lugar en el encuentro con el otro.

Ahora bien, un planteamiento educativo de esta naturaleza, debe considerar que la formación cívica, es parte del desarrollo de la propia personalidad. Ciertamente la tarea es compleja, dado que la educación en valores exige de un cambio profundo en los modos de pensar y acerca de las instituciones, sus estructuras y dinámicas de funcionamiento y en las relaciones entre la comunidad educativa en su conjunto.

Ámbito global y crisis valorativa

Las más recientes investigaciones en los contextos político, social, económico y cultural, muestran los cambios que acontecen en el escenario

mundial que afectan a lo material y a lo espiritual. Su influencia se ha generalizado de tal manera y con tal rapidez que no hay nada que escape a esta circunstancia.

Entre los ámbitos más afectados pueden mencionarse el económico, debido en gran parte a la progresiva conversión a una economía de mercado; la interdependencia de las naciones a la hora de resolver sus problemas; el despertar del nacionalismo y las minorías, los avances tecnológicos; la preocupación por el deterioro del medio ambiente; y sobre todo, la pérdida de valores que aseguraban el equilibrio de la sociedad y la socialización de los individuos¹.

Pero todos los cambios dibujan situaciones diferentes en las que el individuo determina, qué es lo mejor, debido a tales cambios, las ideas se extienden por todo el mundo a una velocidad cada vez mayor. Si a esto se añade la fuerte relación entre las estructuras sociales, económicas y políticas, de una parte, y las opiniones y actitudes de otra, no es extraño encontrar un parecido importante en los movimientos sociales, valores, actitudes y estilos de vida, no sólo dentro de una región, sino en el mundo global, los cuales se encuentran totalmente fracturados por la crisis valorativa.

La crisis representa inestabilidad, cambios repentinos, imprevisibles, ruptura en la continuidad de la experiencia que incrementa la incertidumbre y amenaza al individuo, el grupo, la organización, la institución, el estado y la sociedad en su conjunto. Esta involucra un proceso de aprendizaje social, que se genera ante el intento de asimilación y acomodación a los cambios¹¹.

Schlemenson¹⁷ refiere como la crisis contiene un doble aspecto: por una parte, discontinuidad y ruptura que representa amenazas de pérdidas significativas y de fracasos; pero también conlleva un desafío ineludible y central para la supervivencia: el intento de resolverla conduce a una adaptación creativa, pone a prueba el enorme potencial constructivo de individuos y organizaciones. Como resultantes del proceso que se desencadena, el sistema puede alcanzar un grado mayor de crecimiento y desarrollo, actualización, eficiencia y eficacia.

Es importante reconocer, que dada las características de la crisis actual que presenta la sociedad mundial, ésta es fundamentalmente una crisis de valores; de acuerdo con Cortina¹⁴, es una crisis de los valores morales.

Así, hoy la sociedad se enfrenta una crisis de valores, manifestada en una época de grandes convulsiones que involucra todos los órdenes de la existencia humana y que está marcada por una notable confusión en las ideas y en la actuación; donde los valores materiales se ubican por encima de los valores humanos, dando origen a una crisis de valores humanos signada por los cambios sufridos en la sociedad actual.

Para Cortina¹⁴, la sociedad en general está reclamando una mayor valoración moral, ya que a partir de los valores morales se pueden ordenar los restantes valores de una forma ajustada a las exigencias del ser. De allí que la autora, plantea la imperiosa necesidad de educar en valores morales, bien sea a través de la educación formal, de la familia o a través de otros medios; debido a que estos valores actúan como integradores de los demás, no como sustitutos de ellos. Se hace necesario entonces, promover cambios alternativos para un mejor desarrollo moral humano.

Entonces, ya en los inicios del nuevo siglo, puede percibirse una sociedad de permanente crisis. El pluralismo, la debilidad de las creencias, el relativismo ético y el debilitamiento de ideologías, son algunas de las razones que explican este estado de permanente de esa crisis valorativa, pero ¿qué papel juegan las instituciones universitarias, bajo tal realidad?

Fortalecimiento valorativo del futuro ciudadano.

Construcción de capital social desde las universidades

El siglo XXI llegó para encontrar un sistema educativo colapsado, pero con la creciente convicción de que la educación es el elemento clave para incrementar la productividad, abatir la pobreza y lograr una distribución más equitativa de los bienes y servicios que la sociedad genera.

La Declaración para la Educación de la UNESCO de 1973, establece que la educación del hombre moderno está considerada en un gran número de países como problema de excepcional dificultad, y en todos, sin excepción como tarea de la más alta importancia y prioridad. Por tanto, constituye la educación un tema capital, de envergadura universal, para todos los líderes que se preocupan de mejorar el mundo de hoy y preparar el de mañana. Y es precisamente, enseñar para el bienestar en la vida la preocupación de la educación en los valores y el reto de los líderes en todo ámbito social.

Pero la transmisión de valores no sólo se hace efectiva a través de medios formales, sino también se lleva a cabo de una manera informal mediante la cultura y comportamiento en la familia, institución, escuela, universidad, empresa y nación, es decir, todo aquello que concurre en la vida del individuo; no sólo la enseñanza académica de una temática axiológica sino la vivencia real de esos valores, que es otra forma de enseñar¹⁸.

Refiere Cortina¹⁴, la educación en valores consistirá en cultivar las condiciones que prepara a la persona para degustar ciertos valores. Considera que los valores no son sólo un asunto de intuición personal, de captación personal del valor como lo plantean los subjetivistas; sino también del cultivo de las predisposiciones necesarias para apreciar racionalmente, lo que realmente merece la pena.

Entonces, dado el carácter dinámico y no neutral que poseen los valores, hace que la enseñanza jamás sea neutral. Por ello, Cortina¹⁴, afirma que la educación explícita o implícitamente, siempre es una transmisión de valores, a través de la palabra del educador, de sus actitudes, de lo que hace, o de lo que omite. Siempre la enseñanza estará cargada de valores; de allí que es importante explicitarlos para no caer en la indoctrinación. En este sentido, Carrasco y Basterretche¹⁹, señala que la educación en valores, debe entroncar transversalmente con la totalidad del desarrollo curricular, y entra en relación dinámica con todas las áreas del aprendizaje.

Es importante señalar también que la clave didáctica de una buena educación en los valores no está tanto en la presentación, más o menos dinámica de esos valores, sino en el descubrimiento, compartido y progresivo, de unos ideales u horizontes donde se justifique la existencia y por los que merezca la pena vivir, y aquí la universidad juega un papel vital.

De allí que hoy la universidad como institución legitimada adquiera un papel relevante, en virtud de los cambios acelerados en el orden científico-tecnológico que inciden directamente en el desarrollo económico y cultural de los países. Lo que determina la necesidad de redefinir y perfeccionar sus funciones con respecto a la formación y capacitación permanente del recurso humano, por la búsqueda de la formación de un ciudadano comprometido con el desarrollo sostenido y el mejoramiento de la calidad de vida de las generaciones futura; y por la exigencia de fomentar la construcción de capital social en la búsqueda de un rol activo de asociatividad o capacidad sinérgica en la construcción del desarrollo sustentable.

¿Capital social, para qué?

La idea del capital social²⁰, está causando estragos en el pensamiento económico convencional; su concepción se originó hace 10 años y aún, está en discusión. En los primeros años, la resistencia de los economistas ortodoxos respecto a esta categoría como parte de una visión para el desarrollo, fue de posiciones aun no justificadas.

Por ello, si el capital social no hubiera venido acompañado de unas credenciales académicas muy sólidas, como Putman²¹ y Coleman²² entre otros, y no se le hubiera puesto este nombre muy particular: "capital", hubiera sido rápidamente quemado en la hoguera²⁰. Pero estos elementos ayudaron y ahora representan un campo de discusión, que tiene una fuerte base de datos cuantitativos y obliga a revisar buena parte del pensamiento económico ortodoxo, porque genera explicaciones importantes en este campo.

Según Putnam²¹, el capital social está constituido, por el grado de confianza existente entre los actores sociales, las normas de comportamiento cívico y el nivel de asociatividad que caracteriza a esa sociedad.

Para Coleman²², el capital social tiene que ver con el grado de integración social de un individuo y su red de contactos sociales; implica relaciones, expectativas de reciprocidad y comportamientos confiables; pero también es un bien colectivo.

En tanto Newton²³, concibe el capital social como un fenómeno subjetivo, compuesto de valores y actitudes que influyen en las personas y sus relaciones. Incluye confianza, normas de reciprocidad, actitudes y valores que ayudan a trascender relaciones competitivas para conformar relaciones de cooperación.

Tal y como puede inferirse, el capital social está operando en la realidad y tiene gran peso en el desarrollo de los países. Entre otras categorías, los valores de que es portadora una sociedad van a incidir fuertemente sobre los esfuerzos de desarrollo; así se observa como los valores predominantes en un sistema educativo, en los medios de difusión masiva, o en ámbitos de interés de formación de rasgos valores activos, pueden estimular u obstruir la conformación del capital social.

Pero ¿cómo se compone el capital social? La denominación cobija cuatro áreas diferentes interrelacionadas²⁰. La primera se llama **clima de confianza** en el interior de una sociedad, de cómo la gente percibe a los demás. Esto aparentemente pertenece al mundo de la subjetividad, pero resulta que tiene implicaciones macroeconómicas de primer orden.

La segunda área del capital social es la capacidad de **asociatividad**. Es la capacidad de una sociedad para generar formas de cooperación, de sumar esfuerzos, desde las formas de cooperación más elemental. Es lo que podríamos llamar la capacidad sinérgica de una sociedad, o capacidad de producir sinergias permanentemente.

La tercera área del capital social es la **convivencia cívica**, que se expresa en las actitudes que las personas de una sociedad tienen frente a aspectos que son de interés colectivo, de interés público. La conciencia cívica es fundamental en todo eso. Son comportamientos importantes desde el punto de vista colectivo y tienen repercusiones en la economía y la sociedad.

La cuarta área del capital social son los **valores éticos**, como un componente decisivo de la dinámica diaria de la actividad macroeconómica y política de una sociedad. Los valores éticos son parte de los activos productivos de la sociedad; ya que puede evidenciarse como, una serie de situaciones económicas muy difíciles para el planeta, se dirimieron en términos de los valores éticos.

Todos estos factores inciden directa e indirectamente, según lo prueba la evidencia empírica, en el desempeño económico y político de los países. El desarrollo es un proceso de suma complejidad, que las interpretaciones simplistas no captan. Este tipo de enfoque suele marginar las dimensiones políticas, culturales y de valores, lo cual empobrece seriamente la visión resultante.

La región latinoamericana ha sido en los últimos cincuenta años, un verdadero laboratorio de teorías y experiencias políticas, económicas y sociales. A un período de acelerado crecimiento económico y pronunciado mejoramiento social durante los años sesenta y setenta, siguió la década de los años ochenta, marcada por la crisis. A ésta, le siguió un conjunto de reformas estructurales, pero se dejaron sin resolver problemas, demandas de la sociedad en el campo de los valores²⁴.

Además, el autor refiere como el capital social, provee un factor de identidad decisivo para las comunidades; provee el marco primario que permite a las personas integrarse a una sociedad. Esto redundando al mismo tiempo en un crecimiento de la autoestima individual y colectiva de las poblaciones, lo que puede convertirse en un motor formidable para impulsar su creatividad y compromiso.

Pero, movilizar el capital social requerirá un enfoque participativo, donde las comunidades, puedan ser capaces de generar una censura colectiva, a toda forma de corrupción y buscarán la consolidación de valores como la solidaridad, la cooperación, la superación de las discriminaciones, la responsabilidad colectiva y el respeto a la dignidad; pero también capaces de reconstruir y fortalecer algunos de los valores fundamentales de su cultura y donde, la educación es la clave para lograrlo.

Urgencias de la universidad venezolana en el contexto actual

Aunque se observan progresos en muchas esferas de las actividades humanas, los problemas del mundo hoy son gravísimos. Se visualizan una serie de procesos simultáneos y a veces contradictorios de democratización, mundialización, regionalización, polarización, marginación y fragmentación. Todos ellos inciden en el desarrollo de la educación superior y exigen de ésta respuestas adecuadas. Los imperativos actuales del desarrollo económico y técnico, tienen tanta importancia como las modificaciones de las estrategias de desarrollo, que según la UNESCO³, deben estar destinadas a lograr un desarrollo humano sostenible y donde, el crecimiento económico esté al servicio del desarrollo social y garantice una sustentabilidad para el desarrollo de la sociedad. La búsqueda de soluciones a los problemas derivados de estos procesos depende de la educación, y de manera muy particular la educación superior.

Camps²⁵ plantea como en estos momentos todo el mundo empieza a mirar la educación como una tabla salvadora a la que hay que acudir para empezar a cambiar. Es decir, se está ante la urgencia de tener que repensar la educación para ver, tanto si se adapta a las necesidades actuales, como si apunta al tipo de persona y de sociedad que son necesarios para que la democracia se fortalezca como sistema. Sin embargo, son dos las razones que mueven actualmente a ver con más interés que en otras épocas, el papel de la educación.

En primer lugar, la incertidumbre, la inseguridad y la desorientación propias del fin de siglo pasado. Ya no hay ideologías fuertes que tengan respuesta para todo. En segundo lugar, se evidencia que la solución de los problemas exige una transformación de las personas además de otros cambios en la relación cultura sociedad.

En efecto, educar para la emancipación, es tratar de vencer esa incapacidad de pensar por uno mismo. Es intentar que lo mejor de cada uno aflore a la superficie. No matar las diferencias y, sin embargo, permitir que éstas no sólo vivan, sino que estén dispuestas a aceptar los principios sociales que han de permitir que todas las individualidades puedan expresarse, es decir, respetar la altruidad. Ésa es la idea del individuo autónomo que la democracia necesita²⁵, y frente a esto, ¿Qué hacen las universidades?

García²⁶ y Ferreira²⁷ plantean, percibiendo el problema desde adentro, que para incorporar dinámicas de pertinencia en el ámbito universitario, se hace necesario que surjan nuevos liderazgos donde la definición de lo académico sea prioritario; donde la discusión se genere a través de la organización y reproduzcan equipos de trabajo que funcionen como redes interactivas que faciliten la convivencia en los procesos; introduciendo un liderazgo ejercido de manera descentralizada, otorgando autonomía a todas las instancias de la institución.

Se hace entonces indispensable la existencia de una universidad preparada para el cambio flexible, con mecanismos que posibiliten y potencien las iniciativas de sus miembros, con una participativa opinión en la solución de los problemas de la comunidad: una universidad basada en la concepción de contemporaneidad reinante en los nuevos paradigmas demandados por la nueva realidad social y donde la generación de conocimiento es la base para cualquier iniciativa de cambio, y responsable de desarrollar sus funciones básicas al servicio del desarrollo social.

Por supuesto para lograr tales acuerdos, se hace indispensable el desarrollo de una cultura organizacional compartida, que asegure una interrelación entre la visión, el deber ser y el actuar de la organización; donde el líder juega un papel vital, sea en la organización en transición o en la organización futura; ámbito donde en la medida en que la comunicación, información y eficiencia de cada miembro pueda actuar de forma más proactiva conducirá a cambios desde liderazgos sin puesto; de tal forma que la presencia del líder será menos necesaria desde su concepción tradicional.

De allí que se haga necesario, escrutar las nuevas tendencias y los nuevos desafíos; Navarro²⁸ destaca en la Declaración Mundial sobre Educación superior para el siglo XXI, cómo las necesidades de la sociedad contemporánea hacen cada vez más compleja la tarea universitaria y obligan a redimensionar sus funciones tradicionales. Refiere además, cómo la educación supe-

rior y en particular la venezolana, se enfrenta en todas partes a desafíos y dificultades relativos a la financiación, la igualdad de condiciones de acceso a los estudios, capacitación del personal, mejora y conservación de la calidad de la enseñanza, investigación y servicios. Agrega que la educación superior ha dado sobradas pruebas de su viabilidad a lo largo de los siglos y de su capacidad para transformarse y propiciar el cambio y el progreso de la sociedad; pero hoy, debe hacer frente a imponentes desafíos, ha de emprender la transformación y la renovación que jamás haya tenido por delante, de forma que responda a una sociedad, que en la actualidad vive una profunda crisis de valores, pudiendo así trascender las consideraciones meramente instrumentales y asumir dimensiones de la moralidad más arraigada.

De manera, que resulta obligado discutir sobre cuál modelo de universidad se debe trabajar inter y transdisciplinario con compromiso social; partiendo de la consideración de cómo la universidad adopta modelos distintos en función de las diferentes situaciones socio-históricas donde se desarrolla.

Así, debe entenderse que hoy la educación superior, y particularmente la universidad autónoma, enfrenta diversas amenazas, entre ellas la de ser convertida en un mercado más del gran mercado global y cada universidad, corre el riesgo de ser transformada en pequeña empresa de la transnacionalización del saber. Si bien es cierto que las universidades deben adecuarse a lo económico, es inaudita la intención de que su vida académica sea determinada, exclusivamente, por el mercado. Este es un reto en el que a la globalidad funcionalmente articulada habrá que responder, generando una educación para un futuro sustentable²⁹.

Hoy el desafío es doble; reordenar la universidad en interconexión con el resto de las instituciones y la sociedad; y, transformar desde la perspectiva de ampliar la misión social, sin exclusiones.

Para operacionalizar tales iniciativas Castellano³⁰ refiere, como en variados escenarios se ha venido señalando que la transformación de la universidad es impostergable y se ha manifestado también que esta transformación no se decreta, sino que se construye entre todos los actores que hacen vida académica, con tareas fundamentadas en una clara política institucional que indique la naturaleza, el contenido y la dirección de cambio.

Por ello, no se vacila en reiterar que son las instituciones y fundamentalmente, sus comunidades académicas las que deben asumir el cambio como suyo, las que deben internalizar e institucionalizar las transformaciones. Se postula entonces, un cambio que comprometa a las formas como tradicionalmente se ha asumido la actividad educativa en la comunidad universitaria, para lo cual se hace necesario formar para ese cambio, que no es más, que educar en valores trascendentes para la sociedad, es decir, contribuir a la construcción de capital social.

¿Hacia un nuevo modelo de universidad?

Cuando se estudia la universidad latinoamericana de hoy, se visualiza como ésta se presenta en los procesos de transferencia de conocimiento, desarrollo y servicios demandados por los diferentes sectores sociales. Es también un espacio de análisis y discusión en el estudio de los grandes problemas que afectan la sociedad, al caracterizar e identificar la naturaleza de los mismos, pudiendo establecer propuestas estratégicas para mejorar la calidad de vida de esa sociedad, permitiendo desde lo interno participar en el debate por el futuro de los pueblos en el ámbito local y global.

De allí que cualquier estudio tendente a conocer posibilidades de la institución universitaria de insertarse en tal realidad, pasa por la necesidad de una toma de conciencia para cambiar, desde lo interno y hacia su realidad histórico-social imperante.

Pero al insertarse en la universidad latinoamericana y en particular la venezolana, se observa como ésta entra como un ente transplantado de un espacio socio-cultural que miraba al medioevo, como modelo de organización socio-política; después de dos siglos y medio continúa siendo una repetición de lo que nos llega desde afuera³¹. Su historia ha sido permanentemente un monólogo reiterado de lo que llega del exterior y no ha logrado el enraizamiento necesario para producir el diálogo concertado para su transformación.

Por ello, hoy la universidad debe romper concepciones paradigmáticas que la enquistan, debe pensar y concebirse, como una institución esencial para enfrentar los grandes desafíos del mundo contemporáneo, mediante la formación de ciudadanos, capaces de construir una sociedad más abierta, basada en la confianza, cooperación, convivencia cívica y valores éticos, cultivados en la sociedad donde se inserta; pero sobre todo una universidad comprometida con una mejora de la calidad de vida de la sociedad; renovada y creativa, capaz de aceptar y asumir el reto de la autotransformación; como algo impostergable, dado que la sociedad venezolana así lo reclama.

Por ello la universidad está urgida de reencontrarse a sí misma en la multidiversidad de sus respuestas, bajo un claustro universitario, que necesita aprender a corregir y tener voluntad política para el cambio, poder avanzar a pesar de la realidad clientelar y sobre todo, entender que ella está al servicio de la sociedad y donde su espacio alberga la formación de un profesional con compromiso social, por la búsqueda de un crecimiento autosostenido.

Por tanto, se hace indispensable un Nuevo Modelo de Universidad que sea capaz de generar el "como" para el cambio; que represente la forma expedita de cómo manejar los recursos, para lograr los objetivos dentro de la organización. Partiendo de ese postulado, debe establecer sistemas eficaces para lograr resultados satisfactorios, donde la comunidad universitaria representa un rol fundamental. De allí, que el personal ser bien seleccionado, desarrolla-

do, evaluado y reconocida su actuación, siguiendo las exigencias de una organización generadora de conocimiento, pero también de capital social.

El problema es como internalizar el cambio, entendido como la necesidad de adecuar la universidad a las necesidades de la sociedad en la que se encuentran inmersa; ya que si se enfoca solamente el problema como puntual, se entraría frente a un fracaso anunciado. El problema de la universidad hay que inscribirlo dentro del concepto de trans-interdisciplinariedad en cohesión social³² donde interactúen la comunidad como responsable, frente a los muy complejos tiempos que se están viviendo, como protagonista del cambio porque hay que cambiar, por una institución que vuelva a tomar el rumbo de actor protagonista en desarrollo autosostenible del país.

Conclusiones

La educación superior debe producir, por propia iniciativa, las necesarias transformaciones para convertirse en referente de los cambios que las sociedades reclaman y que deben gestarse en el consenso de sus propias comunidades, respondiendo a la urgencia y magnitud de sus desafíos. Por supuesto, los cambios en las instituciones no serán posibles sin una competencia ético-moral por parte de la comunidad involucrada, sin la recuperación de su protagonismo y autoridad moral en la tarea educativa.

Ahora bien, un planteamiento educativo de esta naturaleza, debe considerar que la formación cívica es parte del desarrollo integral del individuo. La tarea es compleja, dado que la educación en valores exige, un cambio profundo en los modos de pensar y acerca de las instituciones, estructuras y dinámicas de funcionamiento y en las relaciones entre la comunidad involucrada.

Por ello, no basta manejar la educación simplemente desde los contenidos curriculares, es necesario estudiar su pertinencia, su capacidad de respuesta frente a las exigencias que demanda la sociedad, condicionada por la calidad, eficacia y posibilidad de enfrentar a los procesos que hoy se le exige a la educación superior y en particular a las universidades.

Se hace necesario entonces, redefinir y perfeccionar sus funciones con respecto a la formación y capacitación permanente del recurso humano, por la búsqueda de la formación de un ciudadano comprometido con el desarrollo sostenido y el mejoramiento de la calidad de vida de las generaciones futura; bajo el compromiso de fomentar la construcción de capital social, en la búsqueda de un rol activo de asociatividad o capacidad sinérgica en la construcción del desarrollo sostenible.

Pero, construir el capital social requiere un enfoque participativo, que no puede surgir de un esfuerzo burocrático, sino que más bien, de una participación activa de las comunidades. Estas serán entonces capaces de generar

una censura colectiva a toda forma de corrupción y buscarán la consolidación de valores como, la solidaridad, la cooperación, la superación de las discriminaciones, la responsabilidad colectiva y el respeto a la dignidad del ser humano; pero también capaces de reconstruir y fortalecer algunos de los valores fundamentales de su cultura y donde la educación es la clave para lograrlo.

De allí que, no se vacile en reiterar que son las instituciones de Educación Superior y fundamentalmente, sus comunidades académicas las que deben asumir el cambio como suyo, las que deben internalizar e institucionalizar las transformaciones. Se postula entonces, un cambio radical, porque compromete a las formas como tradicionalmente se han asumido las actividades por la comunidad universitaria; para lo cual se hace necesario formar para ese cambio, que no es más, que educar en valores trascendentes para la sociedad, es decir, contribuir a la construcción de capital social.

Referencias

1. Centro Regional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (Cresalc). *Hacia Una Nueva Educación Superior*. Colección Respuestas. Ediciones Cresalc/Unesco. Actas de la conferencia Regional Políticas y Estrategias para la Transformación de la Educación Superior en América Latina y el Caribe. La Habana, Cuba. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Caracas Venezuela. 1997: 209-221.
2. Unesco. *Educación para el Desarrollo y la Paz*. Valorar la diversidad y aumentar las oportunidades de aprendizaje personalizado y grupal. Chile. 1996: 29-31.
3. Unesco. *Documento de Política para el Cambio y el Desarrollo de la Educación Superior*. París 1997: 8-12.
4. Abascal Iglesias, A. Pertinencia de la educación superior cubana. En *la Educación Superior en el siglo XXI*. Visión de América Latina y el Caribe. Ediciones Cresalc/Unesco. La Habana Cuba 1997: 81-91.
5. Álvarez Garcías, I; Topette Barrera, C. Modelo para una evaluación integral de las políticas sobre gestión de calidad en la educación superior. En *Revista gestión y estrategias*. México UAM. 1997; (11-2): 7-15.
6. Nieves de Galicia, F. El Rol de las Universidades en el Desarrollo Regional: Desafíos. V Seminario. *La Investigación en las Universidades del País*. Memorias. UCV. CDCHT. Caracas Venezuela. 1994: 43-52.
7. Ottone, E. ¿Qué Educación para el siglo XXI en América Latina? En: Contreras Q., Carlos. *Coordinador. América Latina en el Siglo XXI*. De la Esperanza a la Equidad. Selección de Obras de sociología. México. Universidad de Guadalajara Fondo de Cultura Económica. 1999: 225-52.
8. Tedesco, J C. *Desafíos de las Reformas Educativas en América Latina*. Buenos Aires: IIPE. 1998: 77-84.
9. Rodríguez, A. *Psicología Social*. Segunda Edición. México. Editorial Trillas. 1979: 62-4.

10. Fernández, G. Sociedad del Conocimiento y los Desafíos a la Gobernabilidad de América Latina. En: Contreras Q., Carlos. Coordinador. América Latina en el Siglo XXI. De la Esperanza a la Equidad. Selección de Obras de sociología. México. Universidad de Guadalajara. Fondo de Cultura Económica 1999: 171-194.
11. Hernando, M. Estrategias para Educar en Valores. Segunda Edición. Madrid-España. Editorial CCS. 1999: 11-24.
12. Rokeach, M. The Nature of Human Values. Tercera Edición. San Francisco. USA Editorial Jossey-Bass Inc. 1974: 28-42.
13. Kerlinger, G. Investigación del Comportamiento. Cuarta Edición. México Editorial Interamericana. 1998: 13-24.
14. Cortina, A El universo de los Valores. En: Educación y Valores. Fundación Argentaria. Madrid-España Editorial Biblioteca Nueva. 2000: 15-36.
15. Siliceo A., Cáceres, A. D. y González, M., J. Liderazgo, Valores y Cultura Organizacional. México McGraw Hill. 1999.
16. Santana, L. Ética y Docencia. Fondo Editorial Universidad Pedagógica Experimental Libertador (FEDUEL). Caracas-Venezuela. 2000: 7-11.
17. Schlemenson, A. Crisis y Valores en las Organizaciones. En: Revista Enoikos. Año VI. N° 13. Julio. Revista de la Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Buenos Aires Argentina 1998: 16-25.
18. Siliceo, A. Líderes para el Siglo XXI. México Editorial Mc Graw Hill. 1999: 88-101.
19. Carrasco, J. y Basterretche, J. Técnicas y Recursos para Motivar a los Alumnos. Cuarta Edición. Ediciones RIALP, S. A. Madrid-España. 1998.
20. Klikberg, B. ¿Qué es el capital social? En: Responsabilidad Social Empresarial en las Américas. Ediciones Alianza Social VenAmCham. Caracas, Venezuela. 2003: 19-35.
21. Putman, R Para hacer que la democracia funcione. Caracas, Galac. 1994: 19-28.
22. Coleman, J. Foundations of social theory. Harvard University Press. 1990.
23. Newton, K. Social capital and democracy. En: american Behavioural scientist. 1997 40 (5): 575-586.
24. Iglesias, E. Prólogo. En: Capital Social y Cultura: Claves estratégicas para el desarrollo. Bernardo Kliksberg y Luciano Tomassini. Compiladores. BID, Fundación Felipe Herrera, Universidad de Maryland, Buenos aires, Argentina Fondo de Cultura Económica. 2000: 7-10.
25. Camps, V. Educación y Cultura Democrática. En: La Cultura de la Democracia: el futuro. España: Editorial Ariel, S. A. 2000.
26. García, C. La Educación Superior en Venezuela. Una perspectiva comparada en el contexto de la transición hacia la sociedad del conocimiento. En: Cuaderno Cendes. Año 15. N° 37. Segunda Época. Enero-Abril. Venezuela. 1998: 43-54.
27. Ferreira, E. Taller sobre Alta Gerencia Corporativa. La Universidad del Zulia. Maracaibo 1998.

28. Navarro D, H. Transformación: urgencia de la Universidad Venezolana. En: Memorias Viceministerio de Educación Superior y la Secretaría Permanente del Consejo Nacional de Universidades. Universidad de Carabobo 24 y 25 de Mayo. Venezuela 2001: 7-10.
29. Maldonado, R. Transformación: urgencia de la Universidad Venezolana. En: Memorias Viceministerio de Educación Superior y la Secretaría Permanente del Consejo Nacional de Universidades. Universidad de Carabobo. 24 y 25 Mayo. Venezuela 2001: 35-43.
30. Castellano, M, E Transformación: urgencia de la Universidad Venezolana. En: Memorias Viceministerio de Educación Superior y la Secretaría Permanente del Consejo Nacional de Universidades. Universidad de Carabobo. 24 y 25 Mayo. Venezuela. 2001: 3-5.
31. Bracho, D. Espacios de Contemporaneidad. Venezuela: Editorial de la Universidad del Zulia. 2000: 4-11.
32. Unesco. Programa de Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD). Informe sobre Desarrollo Humano. Chile. 1999: 33-57.